

O. R. Spindola & Comp., Editores.

MONEDA FALSA

(2ª Parte de El Cuarto Poder)

—POR—

EMILIO RABASA

(Sancho Polo).



MEXICO.

TIPOGRAFÍA DE O. R. SPÍNDOLA Y COMPAÑÍA.

Ex-Seminario 2.

1888.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

I.

Una visita.

CUATRO sillas, una mesa, un estre, una palangana desportillada y docena y media de libros, formaban el ajuar, adorno y pertrecho del angosto cuarto de un escritor, en el piso bajo de la casa número 3½ de la calle de San Lorenzo. Pero cada cosa en su lugar, ó por mejor decir (puesto que nada tenía allí lugar propio), en el sitio que le había asignado una mano cuidadosa, que sobre lo cuidadosa mostraba ser limpia, por la ausencia del polvo, que en esta Ciudad de los palacios todo lo envuelve y ensucia.

Que esta limpieza no era obra del escritor, bien claro lo decían la mesa llena de

tinta, los libros descuadernados, y las maltrechas sillas; sobre una de las cuales la palangana salpicada de agua en los bordes, y el mojado y blandujo pan de jabón corriente, abandonado sin precauciones de aseo en el asiento, demostraban precisamente lo contrario; es decir, que el tal escritor cuidaba poco de la limpieza que con tanto esmero trataba de conservar la mano de la maga misteriosa.....

Ni maga ni mago. Á no ser que Doña Calixta resultara después, despojándose, como culebra, de su piel tostada y rugosa, una princesa encantada por amaños é inquina de algún desalmado encantador. Pero no; esto no llegó á suceder nunca, por más que el escritor aquél, me manifestó varias veces sus sospechas de que Doña Calixta no era una vieja común y corriente, sino que tenía algo de extraordinario, procedente de relaciones con los ángeles ó de pacto con el demonio.

El cuarto se llenaba de colillas de cigarrillos, y pedacitos de papel por alguna cuartilla que el escritor rompía; las ropas de la

cama se revolvían, porque un visitante prefería acostarse; salía de debajo de la cama el vetusto baul, porque Pepe se cambiaba la camisa. Esto no importaba. Mientras Pepe salía á la esquina por un cuaderno de papel, desaparecían las colillas y todas las basuras; la cama se arreglaba, el baul volvía á su lugar, todo en cinco minutos, y bien hecho, como hecho con cariñoso interés.

Doña Calixta, portera de la casa, y cocinera, lavandera, ayuda de cámara, ama de llaves de Pepe Rojo, frísaba en los setenta á mi entender; andaba penosamente, pero sin pararse á pensar las cosas, ni á calcular el trabajo de cada faena.

La familia *de arriba* pagaba á la vieja cuatro pesos mensuales, le daba el cuarto del fondo para vivir, y además (así se lo dijeron), además *le permitían* que trabajase en cualquier cosa, con tal que no abandonara el cuidado de la puerta. La franquicia era una ganga; pero Doña Calixta no podía sacar de ella ventajas de consideración á los setenta años, adicionados con este y el otro achaques propios de tal suma de primaveras.

Las propinas eran ilusorias, porque los de arriba no tenían que darlas, así trasnochaban sin conciencia; el dueño de la tocinería no entraba por el zaguán, y Pepe..... tenía cuenta abierta, imposible de llegar á cerrarse.

No era ya Pepe, para mí, el decidior chispeante, el maleante y gracioso hablador, mezcla de pudor y cinismo que me encantaba y entretenía las horas enteras con su charla llena de intencionada hinchazón y burlescos tropos. A medida que mi carácter fué modificándose bajo la acción del elemento en que vivía yo, el estudiantón me pareció pesado, pedante y fastidioso, y sus genialidades, efecto estudiado de una vanidad envuelta en chocarrerías de mal gusto. Sin embargo, era uno de mis pocos amigos, tenía que tratar con él casi diariamente, y su insistencia en decirme bajo diversas formas «Hemos de hablar un día de tantos,» me picaba, me causaba impaciencia y desazón, pero siempre con mezcla de irresistible curiosidad. Por su parte, él no se daba prisa para hablar conmigo, sobre el misterioso asunto.

Aquella mañana, venciendo uno como temor que me causaba la idea de hablar á solas y en serio con Pepe, llegué á su cuarto cuando estaba con la cara llena de jabón, regando el agua de la palangana sobre la silla, los libros y el suelo. Sin interrumpir su tarea, abrió los ojos rodeados de blanca espuma, y después de mirarme de pies á cabeza me dijo:

—Buenos días, joven ilustre; parece que Ud. se unta la prosperidad en el cuerpo. No hay domingo sin estreno para Ud. Ese traje de color de haba es nuevo; ya lo veo, y hasta lo envidio; pero lo que no envidio es esa cara que cada día se pone más huesosa y descolorida, sepa Judas por qué.

Enjugó la ancha faz con la tohalla raída que colgaba del respaldo de la silla, y como Doña Calixta entrara en ese momento, y tratara de sacudir la mesa, Pepe me dejó en paz por un momento.

—Señora Doña Cal, dijo á la vieja, que le oyó sin volver la cara; ya le he dicho á su señoría que deje quietas mis literaturas y no se meta con ellas. Esos papeles están en

orden, allí donde Ud. los ve, y si la ignorancia pone mano en ellos, se trastornarán y no sabré después donde empieza mi artículo.

Vino á sentarse junto á mí y continuó.

—Ese artículo, caballero, está escrito en castellano; lo cual no es poca fortuna para él en los tiempos que corren. Tanta tontería he hecho yo en la vida, que me ha ocurrido ahora aprender el idioma de nuestros padres; y como tengo vocación para todo lo inútil, me parece que me voy saliendo con la mía.

—¿Sigue Ud. con sus críticas? pregunté distraidamente.

—¡Pst! hizo Pepe. Con mis críticas, sí señor. Ya hablaremos un día de tantos. Pero mientras eso se puede, le recomiendo á Ud., como los malos poetas á sus amigos, que lea mi artículo mañana ó pasado en *El Cuarto Poder*. Se lo encargo mucho, mire Ud. que va en castellano.

—Sí, ya lo sé, respondí con indiferencia; he visto algún elogio de esos artículos, parece que caen bien.

—Me gusta á mí este público por su des-

parpajo. Me deleita la gente que es así, como yo. Acostado en esa cama á las once de un día de elecciones, escribí un artículo que escurría sangre, contra la pereza y apatía del pueblo que no tiene virilidad, etc.; y me cuenta Doña Cal que el señor tocinero mi vecino, leyó ese artículo conmovido, é indignado contra ese pueblo vil, un día que su establecimiento permaneció cerrado porque su dueño almorzó con más *pulque* del que fuera prudente. Mis críticas de costumbres recojen aplausos, sí, señor; por eso me gusta este público tan despabilado y tan..... En fin, ya hablaremos, Juanillo, ya hablaremos cualquier día. Pero hágame el favor de leer mi artículo de mañana ó pasado, que no sé cuándo saldrá á punto fijo; pero que saldrá de todos modos en esta semana.

Hice un movimiento de impaciencia que Pepe notó; me miró con atención, y tratando, al parecer, de cambiar de asunto, me preguntó en seguida:

—¿Y cómo va de *Censor*?

—Bien, contesté, animándome desde luego; se redacta con desahogo; como que sale

dos veces por semana y Claveque me ayuda bien.

—Bastante bien, ya lo sé; dijo Pepe con cierta extraña entonación.

—No crea Ud., añadí, que escribe como parece; eso no; pero tengo cuidado de corregir sus escritos, y aun algunas veces les agrego párrafos enteros. Pero lo cierto es que tiene chispa y vigor y que no tiene miedo. *El Censor* será diario dentro de poco; como que, sin agravio de nadie, tiene muchos más suscritores que *El Cuarto Poder*.

—¡Ya lo creol exclamó Pepe, meneando la cabeza. Nuestro diario no los necesita, ni los puede conseguir con laudatorias al Gobierno; mientras *El Censor* tiene el atractivo de ser enemigo de todo el mundo. El Sr. Albar y Gómez sabe mucho en achaques de periodismo. Yo le levantaré una estatua de papel mascado, para eternizar su nombre y presentarle como ejemplo á las generaciones futuras.

—*El Censor*, continué yo, sin hacer caso de las palabras de Pepe, tiene ya buena circulación, y al paso que lleva, será al fin uno

de los periódicos más leídos, el de más renombre tal vez.

—¡Cuidadol

—¿Por qué no decir la verdad? Ud. me conoce y no atribuirá esto á vanidad. Cuando *El Cuarto Poder* volvió á ser gobiernista, me resolví con pena á separarme de Albar; porque yo nací para el periódico de combate; y lo habría hecho, si á Albar no le ocurre fundar otro bajo el nombre de *El Censor*, en otra imprenta y manteniendo el temperamento que el diario había tenido hasta entonces. Si Albar hace mal en esto, á mí no me importa; yo soy enemigo de este Gobierno y lo he sido desde antes, y sigo siéndolo en el periódico que escribo. No soy inconsecuente, ni cambio de casaca todos los días.

—Sin agravio de lo presente, dijo Pepe.

—Los periódicos lo declararon así cuando Albar volvió á ser amigo del Gobierno, diciendo que yo me separaba de la redacción, por no estar conforme con el cambio, y me dirigieron calurosos elogios. Tomé de nuevo lá pluma para escribir *El Censor*

y desde luego encontré suscritores; todos los de *El Cuarto Poder* van siéndolo del nuevo; los aplausos que antes se tributaban á aquél se consagran ahora á éste, y yo siento que mi pluma vuelve ya á ser, como antes, viva, enérgica, atrevida, la más viril y la más ...

—¡Cuidado, cuidado! exclamó Pepe con gesto de fingida alarma. Mire Ud. que nada deja para la mía, ni siquiera para la de Sabás, que también es buen escritor.....

Creo que al descender tan bruscamente de la altura á que me iba encaramando solo, al oír aquella burla de Pepe, la sangre huyó de mis mejillas y sentí un golpe de vergüenza que me humilló. El estudiantón se echó á reír á carcajadas, y yo corrido y lleno de coraje, hice ademán de tomar mi sombrero.

—¿Quiere Ud. tomar el desayuno? me preguntó Pepe, viendo entrar á la portera con una taza y una pieza de pan sobre una despintada bandeja.

—Gracias, contesté secamente,

—Pues me hará Ud. la corte mientras tomo esta sana leche aguada. Señora Doña

Calixta andria; ya le he dicho á Ud. que si quiera cuando tengo visita me traiga una servilleta para poner sobre la mesa. Eso de que un artículo inédito, nada menos que inédito, me sirva de mantel, deprime mi vanidad de escritor.

Doña Calixta salió sin contestar una palabra, y Pepe continuó, entre sorbo y sorbo.

—¿Con que no quiere Ud. desayunarse conmigo? ¡Qué ha de querer Ud.! Ese traje necesita por lo bajo una costilla de carnero y media botella de algún *chateau*. ¡Demonio! Se está Ud. volviendo muy gastador y muy elegantel Si le vieran así en San Martín de la Piedra, le aclamaban por alcalde cuando menos!

De nuevo comencé á irritarme, oyendo á Pepe, y maquinalmente me paseaba con inquietud por el cuarto, procurando distraerme para no enfadarme, ya tomando un libro, ya mirando cada mueble, cada papel de los que estaban regados en desorden en derredor de la taza del periodista. Siguió el hablando de hilo, dirigiéndome puyas á las que en vano trataba yo de cerrar los oídos;

y cuando mi impaciencia llegaba á punto de no poder contenerse, tomó Pepe el último sorbo de la taza y volviéndose á mí, me miró de pies á cabeza y exclamó:

—Yo también me he mandado hacer un traje de escritor. Eso importa mucho para la buena inspiración. Pero, amigo mío; me temo que si *El Censor* y *El Cuarto Poder* se mueren, Ud. y yo nos quedaremos en pelota. En fin, la fama es buena aunque solo sea untada en la superficie.

Esto era ya demasiado para mi amor propio. Dominando mi irritación y mordiéndome los labios, me acerqué á la mesa para tomar mi sombrero; pero al apartar dos cuartillas que Pepe había puesto sobre él para hacer lugar á su taza, mi vista se detuvo en un título escrito con gruesos caracteres que decía:

Moneda Falsa.

Lancé á Pepe una mirada cuya significación debió de entender, según el semblante serio que le ví, y abrí la boca para hablar.

Pero el estudiante arrojó mi actitud con la tranquilidad del que ha previsto ó provocado el conflicto: grave, frío y formal. La cólera que me embargaba no se aplacó; pero cedió mi valor, y tuve miedo de aquel hombre que tan pocas veces sabía poner cara tal. Su actitud, su mirada imperturbable, parecían provocarme y decirme: «habla, que eso es lo que quiero.» Y por eso mismo yo no hablé, sino que retrocedí hasta la puerta, mudo, ahogando mi enojo, y al estar en el umbral, volví la espalda, diciendo con voz sofocada:

—Hasta luego.

Creo que Pepe no me contestó. Salí á la calle, anduve aprisa, y á pocos minutos entré en el cuarto que llamábamos *Claveque* y yo la redacción de *El Censor*.

Claveque no había llegado aún; pero ya me esperaba, sentado en su lugar de costumbre, el pobre Sabás, siempre leyendo mis artículos, aunque fuera por centésima vez.

—¡Sabé Ud.! gritó al verme.

—Qué cosa.

—El último cuadro de costumbres de Pe-

pe Rojo, ha sido reproducido ya por cinco diarios, que lo llenan de elogios.

—¿Y qué? dije amostazado.

Y fui á sentarme á mi mesa sin volver á dirigir á Carrasco una palabra.

II.

El Censor.

CUANDO el Sr. Albar y Gómez, por transacción concluida y perfecta, volvió al camino abandonado de su antiguo periódico *La Columna*, me denunció los términos del contrato, que yo, en verdad, no pude entender, quizá porque no tomé mayor empeño en analizarlos.

Mi posición mejoraba notablemente, según él decía; pues iba yo á tener cien pesos de sueldo y completa, absoluta libertad. El sueldo corría desde luego; pero en cuanto á mi trabajo, él me indicaría después, cuando fuera tiempo, cuál había de ser, cómo y sobre qué bases. Convino en que no escribiera yo, mientras tanto, en *El Cuarto Poder*;

pero me instó repetidas veces, hasta rendirme, para que sin embargo, aceptara yo el sueldo que me había señalado, aun durante los días que tendrían que pasar antes de que se emprendieran los trabajos de que me hablaría después.

Y en efecto, apenas trascurrido un mes, llaméme una mañana á su escritorio, y con la frialdad comercial que acostumbraba, me dijo en cuatro minutos que fuera yo á tal imprenta, que contratara allí la impresión de un periódico que se publicaría dos veces por semana bajo mi nombre, sin que el suyo apareciera para nada, y que desde el 15 de Enero comenzara mis trabajos. En el nuevo periódico yo dispondría las cosas á mi antojo; podría yo combatir y atacar á quien quisiera, ya fueran gobernadores ó generales, diputados ó ministros (con excepción del protector de *El Cuarto Poder*), diciéndoles cuanto me diera la gana; pues para todo esto y mucho más me autorizaba, protestando no intervenir nunca en tales asuntos. Condiciones únicas que se me imponían eran: que el periódico sería siempre de oposición,

de muy fuerte oposición; y que aceptaría por compañero de trabajos, como subalterno, á Braulio Claveque, muchacho de notable y clarísimo talento, ducho en enredos de periodismo, escritor distinguido por su mordacidad, su chispa y su atrevimiento.

Después de treinta días empleados en vivir con mis amarguras á solas, en pensar todo el día y la mitad de la noche en mis alegrías muertas y mis esperanzas defraudadas, después de treinta días de soñar vendanzas, con un placer que envenenaba mi corazón, imaginando hacer daño á los demás, aun á los que en poco ó nada me habían ofendido; después de sentirme humillado por unos y despreciado por otros, aquella proposición de Albar tenía que parecerme buena, inmejorable, sin que me importara un comino que el antiguo periodista obrase en esto bien ó mal. Y por si alguna vacilación cupiera en mi ánimo, Albar, saliendo de su modo habitual, añadió á lo de *andando el tiempo y mejorando las cosas*, alguna frase en elogio de mi talento, y declarando que nadie sabía dar á un periódico el interés que

yo; con solo poner en cada número un parrafejo cualquiera.

El proyecto se puso por obra, y dos ó tres días después de mi conversación con Albar, conocí al Claveque anunciado como hombre de talento, chispeante y mordaz. Causóme de pronto instintiva antipatía; porque realmente era su aspecto repulsivo y sus modales desagradables. La cara redonda, la frente estrecha coronada de rebeldes mechones, los pómulos salientes y las cejas espesas caídas sobre los ojos, daban á éstos aire de uraños, y á toda la fisonomía semejanza con la de algún animal salvaje que no puedo recordar. Á primera vista parecía desconfiado y espantadizo; pero bastábale un saludo para tomar pretexto de jovialidad, alegría y confianza; y entonces hablaba sin parar en media hora, y desde luego parecían deprimirse los pómulos, levantarse las cejas, asentarse el cabello; sus ojos brillaban con viva luz y se movían con libertad y hasta con gracia.

Sin embargo, después de mi primera conversación con él, quedé como inquieto y de-

sazonado; y mi disgusto aumentó, cuando Pepe me dijo aquella misma noche, que debía cuidarme de Claveque, porque según informes que él tenía adquiridos, el tal Don Braulio era una buena alhaja.

Pero el primer día que trabajamos juntos en la redacción de *El Censor*, todos mis temores se desvanecieron. Claveque, á pesar de sus treinta y tantos años, y de los que llevaba en el ejercicio del periodismo, era tan humilde como Carrasco; Claveque me consultaba cada párrafo, cada línea, como si fuera un chico de primera enseñanza; Claveque me partía las cuartillas, y se admiraba ingenuamente al ver con cuánta facilidad las llenaba yo en breves minutos. Vamos, que al fin me declaró que estaba avergonzado de tener que trabajar conmigo; porque de fijo yo iba á llenar las tres cuartas partes del periódico, mientras él escribiera solamente una sola.

Publicados tres números, pude yo juzgar de su aptitud. No cabía duda de que era hombre de talento, y sobre todo, mordaz, muy mordaz: materialmente mordía. Escri-

bía unos artículos cortos que llamaba *historietas*, con tanta pimienta y sal, que harían reír al más adusto personaje, y lo que más agradaba á los lectores, era que al través de los chistes más graciosos, se traslucían, al decir de algunos, ciertas fisonomías conocidas de todo el mundo.

La boga de las *historietas* no podía causarme celos, ya porque en ellas ponía mano no pocas veces, á instancias repetidas de Claveque; ya porque los elogios de la prensa, sus simpatías y halagos venían siempre dirigidos á mí en toda suerte de artículos, gacetillas y aun sonetos.

Yo me ocupaba en asuntos de más cuenta; la política absorbía mi atención, y á ella me dedicaba con la libertad que Albar me había concedido, descendiendo de vez en cuando, para escribir aquellos artículos literarios que tantos elogios me valieron, y que tan temible me hicieron para literatos grandes y chicos, puesto que así creaba reputaciones como lastimaba las adquiridas con más ó menos legalidad.

No tenía yo admirador más entusiasta que

Claveque; pues ni el mismo Sabás pudo nunca decirme elogios como los que mi nuevo compañero me prodigaba. En su concepto, era yo el escritor más completo de cuantos conocía, y sobre todo el más valiente, vigoroso y enérgico. ¿Quién había dicho á los ministros lo que yo en *El Cuarto Poder*? ¿Quién se atrevía contra literatos de fama admitida, como los que yo ponía en camisa cada y cuando me daba la gana?

Por este camino Claveque me ganó de tal manera la voluntad, que á los quince días de conocernos le tuve por amigo íntimo, y llegué á contarle casi toda mi historia. La cual fué para él nuevo motivo de admiración y de extraordinarios elogios; porque vió por ella que yo no había asistido á colegios, ni frecuentado siquiera una sociedad medianamente culta. ¡Y así había yo llegado á ser escritor tan distinguido! ¡Cuánto talento y cuánta dedicación no suponía esto!

Supo mi nuevo amigo la historia de la *bola* de San Martín, mis intrigas en la caída del Gobernador Vaqueril con todos sus pormenores, exceptuando siempre lo relativo al

móvil principal de mi conducta, y terminé por contarle mis aventuras con Jacinta en el Puente de Monzón. Don Mateo aparecía en mis narraciones ensañado contra mí por la derrota de San Martín; la causa principal de todo no salió de mis labios, ni tampoco las visitas que hacía con frecuencia á la calle del Amor de Dios.

Claveque notó durante mi relato que yo me conmovía profundamente, al referir hechos de poca importancia; que me exaltaba exageradamente al contarle otros, y que al concluir mi historia me puse sombrío, y quedé mudo y hasta insensible á sus elogios. Después, cuando el calor del momento desapareció, recordé el semblante que Claveque ponía al escucharme, y pensé que había yo hecho mal. Reparé también en que mi historia, suprimida la mujer que le daba luz con los resplandores de su alma, quedaba casi negra, y capaz de ser confundida con la del ambicioso más vulgar y despreciable.

III.

Arrepentimiento.

PRONTO, muy pronto *El Censor* se atrajo las miradas del público, que reconocía en él al sucesor legítimo de *El Cuarto Poder*; y había de ser así, puesto que las *historietas* de Claveque, con ser tan saladas y aun picantes, no llegaban á despertar el interés que mis artículos serios, duros y violentos excitaban. La lucha me atrajo siempre, y en aquellos días yo la buscaba no sólo por alimento de mi vanidad; sino arrastrado por ese instinto ciego que lleva á los débiles al vicio, cuando se sienten azotados por la adversidad.....ó por sus propias obras.

Tenía yo miedo á mis pensamientos, á mi conciencia; y para huir de ellos me era forzoso buscar un motivo de distracción que sólo alcanzaba yo á veces en la agitación nerviosa que se apoderaba de mí, cuando tomando la pluma y llamando en mi auxilio todos los recuerdos que halagaban mi orgullo, escribía yo uno de aquellos artículos, ni llo, pensados ni estudiados, que lastimaban y ofendían, y en los cuales los lectores apacataban su avidez de oposición insultante, y de lectura *de sensación*.

Pero fuera de esos momentos (que solían ser pocos), y de aquellos en que la lisonja me aturdira, no encontraba mi espíritu reposo ni olvido. A veces el dolor, que no pocas me llevaba á la desesperación, tomaba otra forma, no menos penosa, que se parecía al fastidio, al cansancio de todo cuanto me rodeaba; y si entonces aquellos oropeles que yo creía gloria, se me antojaban, adorno superfluo y despreciable; si mirándolos con mis ojos ictericos, me preguntaba para qué servían; entonces desaparecían del mundo todos los atractivos, la vida no tenía

objeto, y me sentía yo cansado, con pereza de vivir.

En cambio, para darme aliento y despertar mis bríos, bastaban los hechos más insignificantes: una palabra de adulación, una pringue delodo en mi levita. Bueso, mirándome con su impertinente atención de costumbre; Don Mateo pasando, reclinado con tosca gravedad en los cojines de su carretela; Pepe Rojo diciéndome una simpleza, me sacaban de quicio, produciéndome el saludable efecto de despertar de nuevo mis sentimientos, aunque solo fueran los malos.

¡Maldita la hora en que puse los pies en aquella casa de huéspedes! En ella había yo perdido todo lo que tenía para amar la vida, y todo lo que guardaba en el alma para ser digno de vivir.

Una semana entera estuvo Felicia seria, casi enojada conmigo. Cuando iba á verla, que era cada noche, ó respondía con monosílabos á mis preguntas, ó encarándose conmigo me arrojaba á la faz mi conducta increíble, por increíble inesperada é infame. Pero no pudo mantener su enojo ocho días sin

convertirle á lo mejor en aflicción y afectuoso interés.

Me estaba yo poniendo flaco á toda prisa, y ya no solo pálido, sino amarillento; al grado de que la piel antes fresca parecía como tostada por el sol, ajada y reseca. ¡Jesús, pero qué flaco! No; pues no era para tanto trastorno; no faltaba más. Ella se había enojado, porque le daba cólera que una cualquiera me trastornara los cascos y me arrastrara á cometerle una falta á aquel ángel tan amoroso y tan lindo. ¡Y vaya si era feal Cuando se presentó en el cuarto aquella noche, tenía cara de gato irritado, echaba lumbré por los ojos, y respiraba como si tuviera calentura, ¡Qué bárbaro había yo sido! Pero ella me lo perdonaba todo, todo absolutamente, puesto que era una simple calaverada, como cualquiera, el más santo, podía cometerla por antojo.

—En cuanto á Remedios, me decía Felicia, yo sé que también te perdonará; pero hay que tener paciencia y aguantar un poquito, que no has hecho ninguna gracia. ¡Ay, hijo! nosotras cuando queremos somos

muy majaderas. Ya verás como te perdona y todo se arregla á mi gusto; te perdonará porque¿Te lo diré grandísimo pícaro?Pues mira: ahora te quiere más que antes. Así somos todas, Juanillo. Si yo tuviera un novio, como tú, por ejemplo, y me hiciera una picardía, le arrancaría yo las orejas y luego le querría más.....por bribón.

Alguna vez, palabras como éstas pudieron darme esperanza y mitigar las amarguras de mi corazón. Pero pasaban los días y Remedios no iba á casa de Felicia, como ésta lo había esperado, puesto que ella había ido á ver á su amiga para informarse de su salud, después de aquella noche fatal. Remedios, después de dos ó tres días, durante los cuales el ataque nervioso se había repetido, estuvo bien; pero Felicia juzgó que debía distraerla y ni siquiera mentó mi nombre, temiendo renovar sus impresiones dolorosas.

Yo, en tanto, necesitaba decirle algo, aunque no sabía qué. Pero Felicia me lo prohibía diariamente, asegurándome que ese era negocio suyo, que yo no tocaría sino para echarle á perder.

Mientras corría el tiempo y Felicia no recibía la deseada visita, me atreví á pasar por la calle de Tacuba, y después de la primera, mil veces lo hice, á diversas horas, todos los días, y siempre en vano; porque no se asomaba al balcón. Insté á Felicia para que fuera á visitarla; pero cada vez que le preguntaba yo el resultado de su visita, me respondía que no había podido hacerla, cuándo por una indisposición, cuándo por servir á la Señora de Llamas en tal ó cual quehacer. Situábame todas las tardes en la carrera de la plaza central al paseo de Bucarelli; desde muy lejos reconocía la carretela y los alazanes; pero también reconocía yo á Bueso sentado á la derecha y á Don Mateo sentado á la izquierda, y antes de que llegaran á pasar frente á mí, doblaba yo la esquina y me alejaba triste, irritado ó desesperado.

Un día me atreví á más, y después de una noche pasada en vela, escribiendo y rompiendo cartas que nunca decían lo que yo intentaba decir, á pesar de que ponía en ellas algo muy íntimo de mi alma; después de una noche llena de dolores por los

recuerdos que evoqué y que escribí cien veces; aceptando alguna carta que quizá era la peor, la encerré en un sobre, y me encaminé, acariciándola sobre mi corazón, á la calle de Tacuba.

No me costó trabajo ganar al portero para que entregara la carta á Pepa en mi nombre; y cuando volví á mi casa, presa de extraño sobresalto, entre la esperanza y el temor, sentéme frente á mi mesa, puse la cara entre las manos, y seguí en mi imaginación el camino de aquel pliego que encerraba todo lo que mi dolorido corazón. Así ví al portero subir; á Pepa recibir la carta, vacilar un momento, mientras el portero decía mi nombre, y después de exclamar «¡Ahl del Señor Quiñones» irse por las piezas adentro, hasta encontrar á la niña. ¡A ella también la ví! Estaba seria y triste, y sus mejillas con suave palidez que las embellecía. Alzó del suelo los ojos hermosísimos, y hubo en ellos un fulgor de aurora cuando Pepa le presentó la carta. La abrió con mano temblorosa, leyóla en seguida con cierta rapidez, y en la lectura la seguí yo, línea por

línea. Cuando llegaron sus ojos á la última, Remedios lloraba en silencio y sus lágrimas caían sobre el pliego abierto, borrando las letras de mi nombre.....

Un sollozo exhalado de mi pecho me hizo volver en mí, y comprender que quien lloraba era yo; como que yo era el que, repasándola en mi memoria, había leído aquella carta, que tenía ese aroma vago y triste de los recuerdos, semejante al de las flores secas que se guardan entre las hojas de un libro.

No sé cómo pude esperar á que pasara aquel largo, interminable día, cuyas horas fuí contando una por una; ni sé tampoco ni entiendo, cómo pudo el sueño acudir á mis párpados, y mantenerlos cerrados hasta la mañana siguiente.

Al despertar, el corazón me latió con violencia, salté de la cama, y pocos minutos después estaba yo en la calle, andando á prisa y distraído.

El portero me esperaba ya; adelantóse á recibirme y me dijo:

—La niña ha devuelto la carta cerrada, y me manda que no vuelva á recibir otra.

El pliego estaba intacto.

El portero, indiferente, me volvió las espaldas, y andando á paso lento, entró en su cuarto silbando una canción popular.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV.

¡Nunca!

UNA idea, de la cual procuraba yo no darme cuenta cabal, pugnaba con tenacidad por presentarse clara y franca en mi mente, después de mi visita á Pepe Rojo; pero yo procuraba con mayor ahinco distraer mi imaginación para huir de aquella idea, la cual, en verdad, me inspiraba no sé si repugnancia ó miedo. El título con que Pepe encabezaba sus cuartillas no se apartaba de mi imaginación sino por breves instantes, para presentarse de nuevo con más gordos caracteres, como diciéndome: «repara en lo que significo».

Anduve todo el día espantando aquella mosca impertinente, que no pocas veces ve-

nía acompañada de la ancha y angulosa faz del redactor de *El Cuarto Poder*. Claveque primero, y después Sabás, notaron que estaba yo más preocupado que nunca, y trataron de saber el motivo; pero yo no quise decirlo, ni encontré distracción en las conversaciones que ambos me promovieron, por más que tuvieran siempre mucho de lisonjeras y aduladoras.

Todos mis pensamientos se enlazaban con aquel título que había quedado como una incrustación en mi cerebro, de tal modo, que para encadenar mis ideas, busqué una pena mayor, á trueque de no pensar en aquellas malditas palabras: en Remedios. Pero al verla en mi imaginación, me dije sin poder evitarlo: «¡eso es oro puro!», y en seguida, las torcidas letras del título, volvieron á presentarse delante de mí: «Moneda Falsa.»

Así fuí pasando el día, divagando mi espíritu apenas cuando recordaba que Remedios, mi única esperanza en el mundo, se había perdido para mí, y que en su corazón tan puro y hermoso, en el cual había yo reinado durante años enteros, sólo encon-

traría yo un sentimiento de aversión ó quizá de desprecio.

Cayó la noche, tomé la pluma para escribir algo contra un ministro, para anonadar á un gobernador ó descuartizar á un poeta vanidoso; pero después de media hora de luchar inútilmente con mi rebelde imaginación, arrojé la pluma sobre la mesa, manchando las blancas cuartillas, y sentí el desaliento desesperado del que, huyendo de una fiera, se siente sin fuerzas para dar un paso más.

Después de un rato de amargas meditaciones, acudí instintivamente á mi último refugio en semejantes situaciones. Tomé mi sombrero y salí á la calle, encaminándome á la casa de Felicia; de aquella pobre niña que, si no lograba disipar mis hondas penas, las endulzaba á lo menos con sus palabras llenas siempre de consolador cariño, de sencillez y de dulzura.

Apenas me vió y echóme al cuello los brazos. Me hizo sentar en el sofacito, que había cambiado de lugar para que no despertara muy vivamente el recuerdo de aquella esce-

na, y colocándose á mi lado, comenzó á reprocharme que no hubiera ido á verla la noche anterior. Después me habló de *El Censor*, que leía con el mismo gusto que antes tenía por *El Cuarto Poder*.

¡Vaya que el tal *Poder* se había hecho so- so y pesado desde que yo dejé de escribir en éll! Todo se le iba en decir que el Gobierno era muy bueno, y muy rebueno: que el ministro tenía un talentazo como ninguno; que los diputados todos eran oradores consumados y de mucha sabiduría; que este periódico atacaba á la administración por sistema; que aquél no tomaba precauciones para asegurar noticias falsas; y otras muchas cosas muy serias y formalotas que á ella la tenían aburrida; por lo cual, y porque yo ya no escribía en aquel diario, no leía de él un renglón desde hacía un mes.

—¡Cuántas cosas por los ministros, hijo de mi alma!... Pero, oye tú; yo quisiera verte á tí siquiera de ministro de Guerra. Habías de estar muy guapetón.

Yo esperaba un momento oportuno para preguntarle por Remedios; pero era imposi-